

La Inquisición americana en la política indiana de Carlos V

B. Escandell Bonet

Universidad de Alcalá de Henares

Introducción

Las actividades inquisitoriales en Indias durante la primera mitad del siglo XVI son de tal irregular entidad (anomalías formales, nomenclatura asimétrica, peculiar régimen funcional, etc.) que para el tramo 1516-1568 la historiografía especializada se ha visto obligada a englobarlas bajo rótulos especiales como «Inquisición primitiva» (así la llama el gran polígrafo chileno José Toribio Medina), «pre-Inquisición americana» (como figura en la amplia *Historia del Santo Oficio* publicada por el Centro de Estudios Inquisitoriales de Madrid), o «proto-Inquisición indiana» (según se designa en la parte correspondiente del magno *Diccionario Biográfico Hispánico* emprendido últimamente por la Real Academia de la Historia).

Es decir, en las primeras actividades inquisitoriales indianas se dan unas peculiaridades de carácter institucional y funcional que si lógicamente son reflejo, por una parte, de la peculiar coyuntura americana de aquella etapa formativa inicial, cabe decir, por otro lado, que responden también a específicos criterios procedentes de las actitudes personales y la evolución de las posiciones políticas del propio Carlos V. En consecuencia, analizar tales especificidades inquisitoriales en Indias equivale, a la vez que a caracterizar y seguir el desarrollo cronológico-constitutivo del primer Santo Oficio indiano, a seguir igualmente, en cierta medida, el itinerario y los sentidos del proceso evolutivo de la propia política americana de Carlos V. Dicho de otro modo, la etapa formativa del Santo Oficio americano en la primera mitad del siglo XVI puede tomarse como observatorio indirecto de la política indiana del Emperador en este preciso y específico campo.

El transplante inquisitorial a América

Sentado lo cual, debe comenzar precisándose que el establecimiento del Santo Oficio en Indias fue previo a la llegada de Carlos de Gante a la Península. Y es posible que para muchos resulte incluso insospechado y sorprendente saber que la decisión del transplante transatlántico de la institución inquisitorial en su origen tuvo como destacado reclamante al mismísimo fray Bartolomé de Las Casas, identificado por lo común con la causa de la justicia y las libertades en Indias. En efecto, la solicitud lascasiana de Inquisición en América consta en su *Memorial de remedios para las Indias* de marzo de 1516.

La petición lascasiana y el propio transplante del Santo Oficio a Indias se comprenden mejor si lo observamos desde el curso de los hechos precedentes y con el telón de fondo de las previas soluciones arbitradas por la Corona ante los inéditos problemas planteados a la acción oficial por aquellas tierras ultramarinas, entonces aún en su fase antillana (la del «Imperio de las islas y las costas» como la denominó Pierre Chaunu). Fase y resoluciones oficiales, pues, que conviene recordar sucintamente por constituir parte explicativa del problema ahora en cuestión.

Pues bien, cabe recordar, por de pronto, que los primeros años de aquella acción española en Indias, entre 1493 y 1499, constituyeron la fase llamada de *monopolio colombino* en cuanto las Capitulaciones de Santa Fe¹ (concertadas por la Corona con el navegante sobre el patrón medieval de relaciones contractuales con elementos emprendedores) le delegaron funciones públicas —entonces excepcionales, como eran las de almirante, virrey y gobernador— con sus consecuentes derechos de explotación económica sobre las nuevas tierras y habitantes.

Este régimen monopolista colombino (en la práctica, combinación de una explotación económica de tradición mercantilista italiana y la concepción esclavista portuguesa) generó tales contradicciones morales, abusos y protestas en Indias que aconsejaron a la Monarquía cancelar de hecho aquel sistema dual, o santafesino, mediante el nombramiento de *gobernadores generales* (el primero fue Nicolás de Ovando, seguido luego de Diego Colón), con lo que se abría una segunda fase política (1501-1513) que respondía, pues, a nuevos criterios estatistas de expansión territorial y asentamiento repoblador de tradición castellana.

Dado que este otro régimen no estuvo tampoco exento de deficiencias, éstas trataron de corregirse mediante regulaciones normativas (Leyes de Burgos de 1512 y sus complementarias de Valladolid de 1513), las cuales, al morir Fernando el Católico, conducirían a otra fase política: la *fase cisneriana* (1516-1517) en que el Cardenal-Regente, sobre sus propias preocupaciones de conciencia derivadas de los informes de corrupción

¹ AGS, *Reg. gral. del Sello*, Leg. de abril de 1497, fol. 1. También en DE LA TORRE, A., *Documentos*, IV, pp. 34-38. Vid. MUÑOZ OREJÓN, A., *Las capitulaciones santafesinas*, Sevilla, 1951.

que le llegaban de América, y sobre las denuncias formuladas entre otros por fray Bartolomé de Las Casas, redactó unas *Instrucciones, o plan de reforma cisneriano*, que entregó a la llamada «misión jerónima» enviada seguidamente a Indias para procurar los pertinentes remedios ².

Pues bien, es en esta fase cuando el cardenal Cisneros recibió también del propio Bartolomé de Las Casas —denodado redactor de memoriales— la denuncia de los peligros espirituales que se cernían sobre las nuevas tierras y poblaciones indígenas a causa de elementos perturbadores de la fe, peligros que le llevaban a clamar por la inmediata implantación del Santo Oficio en América. El citado *Memorial de remedios para las Indias* de fray Bartolomé, entregado en la Península al propio Cardenal, lo expresaba literalmente diciendo:

... asimismo suplico a Vuestra Reverendísima Señoría... que mande enviar a aquellas islas de Indias la Santa Inquisición, de la qual creo yo que hay gran necesidad, porque donde nuevamente se ha de plantar la fe, como en aquellas tierras, no haya quien siembre alguna pésima cizaña de herejía, pues allá se han hallado y han quemado dos herejes, y por ventura quedan más de catorce; y aquellos indios, que son gente simple y que luego creen, podría ser que alguna maligna y diabólica persona los trajese a su dañada doctrina y herética pravedad. Porque puede ser que muchos herejes se hayan huido de estos reinos y, pensando en salvarse, se hubiesen pasado allá. Y la persona a quien tal cargo Vuestra Reverendísima Señoría diere, sea muy cristiana y celosa de nuestra fe y a quien allá no puedan, con barras de oro, cegar ³.

En la situación en que entonces se encontraba Cisneros como Regente (sometido al acoso nobiliario interior, objeto desde Bruselas de las constantes intrigas de los arribistas llegados allí para auxiliar al vencedor, y afrontando, como inquisidor general, los manejos de los conversos ⁴ que encontraban eco en la propia Corte del joven Carlos de Gante ⁵ y aun en el Vaticano para la supresión de la institución inquisitorial), resulta de todo punto lógico que el cardenal Cisneros viera con buenos ojos la petición de Las Casas de un trasplante transatlántico del Santo Oficio que, además de responder a situaciones espirituales provenientes de la naciente sociedad ultramarina, aquietaba las personales responsabilidades espirituales y la conciencia religiosa cisneriana. En cualquier caso, el hecho fue que, con fecha 21 de julio de 1517, el Regente decretaba

² Cfr. ESCANDELL BONET, B., «Cisneros y América», en *Estudios cisnerianos. In honorem B. Escandell Bonet collectanea dicata*, Universidad, Alcalá, 1990, pp. 149-185.

³ DE LAS CASAS, B., «Memorial de remedios para las Indias», en *Obras escogidas*, de PÉREZ DE TUDELA, J., vol. 5, Madrid, 1958, p. 15.

⁴ Cfr. FERNÁNDEZ ALONSO, J., «Algunos breves inéditos sobre la Inquisición española», en *Anthologica Annua*, 1966, núm. 14, pp. 463-498.

⁵ LLORCA, B., *Bulario pontificio de la Inquisición española en su período constitucional (1478-1525)*, Roma, 1949, pp. 241 y ss.

la acción inquisitorial en Indias ⁶. Y se la encomendaba a los obispos de Santo Domingo y la Concepción (en La Española), y al de Santa María la Antigua del Darién, en Panamá.

Así las cosas, y en semejante contexto histórico, comenzaba el reinado de Carlos de Gante, llegado a la Península al tiempo que moría Cisneros, sin haber podido verse con el joven Monarca. Las sucesivas resoluciones personales del nuevo Rey configurarán, en adelante, los perfiles iniciales de su política. Por lo que ahora interesa, ¿cuáles eran las actitudes personales del nuevo Monarca en relación con el Santo Oficio y cuáles fueron sus primeras decisiones políticas generales relativas a América?

La primera política indiana del Rey: oposición inicial al Santo Oficio y prodigalidad de entrega de cargos americanos a sus cortesanos borgoñones

Por lo que hace al Santo Oficio, regido hasta entonces por Cisneros como inquisidor general en los Reinos castellanos, Carlos I presentaba como destacable e inicial posición personal su oposición a la institución misma. Y en cuanto a la relación directa del joven Monarca con las Indias, puede afirmarse que las más inmediatas y llamativas resoluciones políticas del Rey constituyeron lo que podríamos calificar de insensata prodigalidad de entrega de prebendas y cargos americanos a sus cortesanos borgoñones.

La oposición carolina al Santo Oficio

En efecto, el padre Luciano Serrano, en su clásica investigación titulada «Primeras negociaciones de Carlos V con la Santa Sede (1516-1518)» publicada en *Cuadernos de Trabajo* de la Escuela española de Arqueología e Historia en Roma (1914) reveló la posición del joven Rey español al documentarlo junto a quienes maquinaban en la Corte pontificia la abolición de la nueva Inquisición española moderna, para lo cual había cursado «súplicas» al papa León X. Ahora bien, en el mismo y mencionado estudio quedó allí también testificado que el Monarca, tras tomar en sus manos el gobierno e ir conociendo las realidades del país, se dirigió al mismo papa Médici en solicitud de revocación de sus anteriores escritos. Radical cambio de criterio que implicaría la continuidad de la institución inquisitorial y, por lo tanto, también el mantenimiento de la actividad inquisitorial americana decretada por Cisneros.

⁶ AGI, *Indiferente General*, Leg. 419, núm. 7, fol. 17v.

Prodigalidad carolina de sinecuras americanas a su séquito de borgoñones

El otro aspecto inicial definidor en cierto sentido de la política indiana carolina fue la aludida prodigalidad de poner sustanciales parcelas políticas y responsabilidades americanas en manos de sus más cercanos cortesanos flamencos, que lógicamente las desconocían por completo. En todos los casos se trataba de provisión de cargos políticos a extranjeros contra toda costumbre y tradición española y, por tanto, aparecen como resoluciones personales explicable por la bisonñez del joven Monarca (completamente desconocedor de la lengua, leyes, costumbres y espíritu del pueblo), a la vez que como explotación de la voluntad del Rey por la rapacidad de sus cortesanos flamencos. Así lo expresó certeramente la Musa popular al simbolizar la avidez extranjera en la persona del propio ayo del Rey —Guillermo de Croy, señor de Xévrés— con el famoso y expresivo pareado de «*Sálveos Dios/ ducados de a dos/ que monsieur de Xévrés/ no topó con Vos*». Y si esta política de provisión de elevados cargos y pingües prebendas a su séquito borgoñón se ha consignado y aireado en todas las historias españolas porque afectó al propio aparato central de la Monarquía católica, en cambio, las similares y graves concesiones del Monarca en Indias son normalmente menos recordadas, cuando no perfectamente ignoradas. En este sentido, significativas muestras americanas de esa fase de inmadurez política del Monarca podrían considerarse, entre otras muchas y menores, al menos las siguientes.

El 20 de abril de 1516 —es decir, cuando aún el Rey se encontraba en Bruselas— hace *la sorprendente merced al propio Guillermo de Croy* de concederle nada menos que: «... todos los oficios e otras cualesquier cosas de que el rey don Felipe, mi padre e Señor, que haya santa gloria, había hecho merced en las Indias, Islas e Tierra Firme del mar Océano, a Monsieur de Vilá su camarero mayor ya difunto».

Si esta mentada y anterior concesión de lo mismo hecha por Felipe el Hermoso a Monsieur Vilá sabemos fue frustrada entonces por el genio de Fernando el Católico nombrando a Diego Colón, sabemos por el profesor Giménez Fernández que, en cambio, ahora Guillermo de Croy, en 1517, quiso hacer efectivas sus potestades nominativas solicitando la inmediata anulación de «todos los nombramientos de quienes no tuvieran la correspondiente Real Provisión firmada por el rey», lo que hubiera conllevado la automática deslegitimación de la legión de quienes ostentaban cargos y oficios en las Indias. Intento que muestra bien el inmenso polvorín contenido en la peligrosa concesión regia, y la insensatez del titular de la merced al intentar hacerla efectiva con objeto de beneficiarse de la subsiguiente venta de cargos que preveía. Potencial situación que no llegó a explotar porque, afectado y alarmado, el propio Diego Colón negoció y obtuvo exenciones y consideraciones en Bruselas a través de las gestiones de García Lerma, y aunque los miramientos obtenidos le fueron luego repentinamente revocados (el 18 de abril de 1517), el hecho aconsejó el aplazamiento de las resoluciones definitivas hasta la llegada del Monarca a la Península. En cualquier caso, era una muestra más

de la inconsciente y errática política carolina en graves parcelas de la administración americana, cuya colosal y compleja entidad le resultaba absolutamente insospechada.

Antes de que el paso del tiempo le hiciera atisbar ya los perfiles empíricos de esa realidad y percibir las potenciales consecuencias de sus decisiones, Carlos V continuó poniendo aquella compleja dimensión política ultramarina en manos de cortesanos flamencos. Es el caso subsiguiente de las *omnímodas potestades otorgadas como gran canciller a Jean Le Sauvage*, incluyendo en ellas, claro está, las decisiones americanas. Lo testifica fray Bartolomé de Las Casas al escribir expresivamente que en Le Sauvage: «... puso el Rey toda la justicia e gobernación de Castilla y de las Indias, y no había necesidad de negociar con el Rey cosa alguna, ni con otra persona, sino con el gran canciller».

En aquella ocasión la inconsciencia regia fue atemperada por la inmediata muerte del canciller Sauvage (junio de 1518), y aunque la Cancillería fue ejercida seguidamente por otros personajes foráneos —así Jean Carondelet y Gattinara— pronto las protestas del Reino y la propia evolución de las circunstancias hubieron de aminorar la atribución de cargos a los flamencos y hacer cuajar la paulatina prudencia del joven Monarca que, en el caso indiano, por ejemplo, le llevaría al poco a apelar a la experiencia y conocimiento de las cuestiones americanas que poseía el antiguo consejero de los Reyes Católicos, el obispo Rodríguez de Fonseca.

Sin embargo, antes de que semejante cambio de proceder político se generalizara fueron cuajando aún otros dislates añadidos al panorama de la inicial política indiana del joven Monarca. Y así otorgó (el 18 de agosto de 1518) una de las más aparatosas mercedes regias: *la concesión al flamenco Lorenzo de Gorrevod, señor de Bressa, de licencia exclusiva para la introducción de 4.000 esclavos negros en Indias*. Concesión de formidable magnitud y abultado negocio potencial, ya que se concedía en el momento en que se había demandado y se estudiaba la prohibición legal del trabajo de los indígenas americanos en las minas, circunstancia que automáticamente redundaba en la elevación del precio de los esclavos negros al quedar éstos como única, natural e imprescindible mano de obra en la minería americana. Negocio, sin embargo, difícil de culminar ya que su comercialización exigía disponer previamente de tan numerosa «mercancia», que no era el caso, pero negocio al fin porque el beneficiario de la concesión, al menos, pudo vender la propia licencia real recibida.

En la línea de esta desdichada política indiana inicial de Carlos V probablemente la merced más sorprendente pueda considerarse *la concesión del Yucatán en feudo al propio Gorrevod, almirante de Flandes*. Al descubrirse aquella península yucateca en 1517 por los componentes de la expedición de Hernández de Córdoba —entre los que figuraba Bernal Díaz— el almirante de Flandes se apresuró a solicitar y obtuvo en feudo la nueva tierra. Para su toma efectiva de posesión el feudatario reclutó un contingente de flamencos que, llegados a Sanlúcar de Barrameda y dispuestos a partir para la repoblación del nuevo territorio, vieron frustrados sus propósitos por la complejísima dinámica indiana, que solía ir siempre por delante de las previsiones administrativas. En

este caso se trataba de la individualista actuación conquistadora de Hernán Cortés, que sin previas capitulaciones ni instrucciones de nadie, había ya ocupado el terreno. Frustración del feudo flamenco por la libre iniciativa del conquistador que, sin sospecharlo, salvó, pues, la españolidad de un espacio de la tierra luego precisamente llamada «Nueva España».

Iniciales actitudes y decisiones políticas del joven Carlos en Indias que, como en el mencionado caso del Santo Oficio, acabarían ciertamente cambiando y rectificándose a medida del paulatino conocimiento carolino del verdadero pulso del país, pero cuyas concreciones y desdichadas consecuencias mientras tanto constituyeron entonces un desdichado repertorio escasamente glorioso de la primera política indiana carolina. Llegados así paulatinamente a un estadio en que Carlos V ya había podido recibir y asimilar lecciones emanadas de la singular y compleja realidad española (aunque faltaba, sin embargo, asistir aún al pago carolino de su hipoteca imperial con los Welser entregándoles en 1527 tierra venezolana)⁷, en adelante la política del Emperador transcurriría, en verdad, por nuevos y más satisfactorios cauces. Se estaba produciendo, implícita y progresivamente, la llamada españolización del Rey en su sentido político e histórico, la correcta percepción del potencial de fuerzas particulares del pueblo que regía, la asimilación incluso de las virtualidades y ventajas del modelo aragonecista en la organización y estructuración de hechos territoriales, etc. En cualquier caso, Carlos V —como señor de las Islas y Tierra Firme del Mar Océano, integradas en su «Estado dinástico»— iría dominando y gestionando adecuadamente la problemática americana en un momento crucial en Indias en que, además del montaje de instituciones de sentido estatalista, como las Audiencias, supo capitular con los Hernán Cortés y los Francisco Pizarro las grandes empresas de conquista y población que darían lugar a los Reinos de Indias o nuevas Españas ultramarinas.

De ahí que esas nuevas categorías y estrategias políticas de actuación del Emperador puedan rastrearse en las instituciones indianas del momento como fuente indirecta de conocimiento de algunos de esos nuevos sentidos y rasgos evolutivos de la propia política indiana del Emperador. La América de la primera mitad del siglo XVI, en pleno montaje de las instituciones y estructuras administrativas tendentes a recrear el modelo general de vida española en Ultramar, ofrece, en efecto, una especial oportunidad para considerar los trasplantes institucionales allí en marcha como observatorio donde apreciar no sólo las lógicas originalidades funcionales y adaptaciones administrativas impuestas por un medio tan diferente del occidental, sino también para registrar el eventual reflejo de las categorías, caracteres y sentidos del propio modelo que en cada caso se trasplanta.

De ahí que pueda pensarse aquí en utilizar la proto-Inquisición americana, o proceso del primer establecimiento de la actividad inquisitorial en Indias durante el reinado de Carlos V, como operador analítico u observatorio indirecto para vislumbre de actitudes y decisiones políticas del Monarca respecto del Santo Oficio americano y, a la vez,

⁷ FRIEDE, J., *Los Welser en la conquista de Venezuela*, Caracas-Madrid, 1961

poder percibir, en suma, reflejos de los caracteres y sentidos generales de la propia política carolina en Indias.

Panorámica del proceso formativo y funcional de la proto-Inquisición americana

Para tales propósitos, parece imprescindible comenzar presentando un recorrido global del *proceso constitutivo y funcional de la proto-Inquisición americana*, porque sólo estableciendo sus bases legales, sus hitos cronológicos y sus formalizaciones institucionales más significativas, pueden hacerse perceptibles los tramos de su propio proceso, revelando los respectivos contenidos históricos así como los citados y eventuales reflejos y significados políticos de carácter general.

La base legal y el arranque del proceso: el decreto fundacional cisneriano

Desde estas perspectivas y obviando ahora, por carencia absoluta de datos, la acción inquisitiva que pudiera haber realizado previamente el benedictino fray Bernardo Boyl en virtud de las facultades prelaticias anejas al Vicariato General de Indias conseguido para él por los Reyes Católicos en 1493, puede afirmarse en verdad que las primeras actividades inquisitoriales en Indias o «proto-Inquisición» americana tienen como base y arranque legal el mencionado decreto cisneriano de 21 de julio de 1517.

Examinando el texto cisneriano se aprecia el pensamiento fundacional y la motivación originaria, que pueden resumirse en los siguientes puntos: 1) la preocupación moral del Regente por la libertad de vida que, sin el debido control en Indias, ha alejado a muchos católicos cristianos, según sus informes, de la recta conducta llevándoles a crímenes y a apostasías; 2) la necesidad de perseguir cristianos nuevos que allí siguen practicando las «sectas de Moysén y Mahoma»; 3) la comunicación de todo ello a los obispos de Santo Domingo y la Concepción —en La Española— y al de Santa María la Antigua en el Darién (Panamá) así como a sus respectivos vicarios, facultándoles como inquisidores «apostólicos», es decir, con prerrogativas superiores a las canónicas como prelados, para que procedan en sus nuevas funciones en el Santo Oficio.

Ahora bien, legalización de una Inquisición, vigilante de la moralidad y de la pureza de la fe en las nuevas tierras de Ultramar, que, sin embargo, debe considerarse entonces de nula efectividad práctica, entre otras circunstancias, porque el Regente sin duda desconocía que los prelados destinatarios de su decreto fundacional no se encontraban en sus sedes indianas, y algunos de ellos no regresarían ya a ellas. Sin embargo, con la decisión cisneriana quedaba al menos estatuido legalmente el ejercicio inquisitorial en Indias, y si en adelante iba allí a pervivir sería porque el Monarca recogería el testigo al entroncar con las raíces y el sentido político español del momento.

El entronque carolino con las raíces españolas: la asunción del legado inquisitorial cisneriano

En efecto, resulta evidente que la pervivencia de la Inquisición en América requirió que el Rey se constituyera en su abierto valedor, y semejante actitud, en contraste con la indicada e inicial oposición del Monarca al Santo Oficio, respondía a un cambio radical de Carlos, convencido pronto de la conveniencia política de mantener la institución. Si tal viraje representaba, pues, el entronque carolino general con las raíces y el sentido histórico español, no es menos cierto que en Indias equivalía a la asunción carolina del legado inquisitorial cisneriano. Lo demostraría seguidamente con las significativas y diversas medidas con las que Carlos V formalizó y desarrolló institucionalmente el primitivo y rudimentario aparato inquisitorial cisneriano. Primero, operando la centralización del Santo Oficio en un inquisidor general con jurisdicción extradiocesana; segundo, logrando la diversificación inquisitorial en Indias a través de su antiguo tutor convertido papa en 1522 con el nombre de Adriano VI; tercero, configurando el aparato inquisitorial indiano con una plantilla orgánica de ministros y oficiales.

El Santo Oficio indiano centralizado por Carlos V: nombramiento de un inquisidor general con jurisdicción extra-diocesana

Tales disposiciones de intencional y progresiva institucionalización aparecen formalizadas, por de pronto, con el nombramiento de un inquisidor general en Indias. Recayó en don Alonso Manso, obispo de Puerto Rico, y se hizo con fecha de 7 de enero de 1519. No se conoce el acta de nombramiento, pero sí otros documentos que lo testimonian e ilustran con diversas precisiones. Es el caso de un texto del propio Carlos V, fechado en Barcelona el 20 de mayo de 1519, notificando el nuevo nombramiento a todas las autoridades ultramarinas:

... gobernador y juez de residencia que sois o fuéredes de las Indias e islas del mar Océano, concejos, justicias, regidores, jurados, caballeros, escuderos, oficiales y hombres buenos y otros cualesquier jueces y justicias y personas, nuestros vasallos, súbditos y naturales de todas las ciudades, villas y lugares...⁸.

Y lo que el documento expresamente comunica es, en efecto, que

el reverendo en Cristo, padre obispo de la isla de San Juan, va a esas partes por nuestro mandado y con poderes del reverendísimo en Cristo, padre cardenal de Tortosa, inquisidor

⁸ MEDINA, J. T., *La primitiva inquisición americana (1493-1569)*, Elzeviriana, Santiago de Chile, 1914, pp. 24-26

general en todos nuestros reinos y señorios [era entonces Adriano de Utrecht, luego Papa a partir de 1522], para usar y ejercer juntamente con el devoto padre fray Pedro de Córdona, provincial de Santo Domingo, el Santo Oficio de la Inquisición contra la herética pravedad.

Documento en que luego ordena que a ambos nombrados se les dé «todo el favor y ayuda que os pidieren y menester hubieren para ejercer el dicho Santo Oficio», cuidando añadir también:

... que no consintais que sea revuelta cuestión con sus hombres y criados, antes hacedlos tratar bien y amigablemente, y que no les sea hecho desaguisado alguno con justicia, y les deis y hagais dar las viandas y mantenimientos que hubieren menester, por sus dieros, al precio que entre nosotros valen, sin encarecérselo más; y los unos ni los otros no hagáis ende al... so pena de mi merced y de 50.000 maravedís para nuestra Cámara...

De esta manera la proto-Inquisición americana se ponía en manos de un prelado-inquisidor general en Indias y con un ámbito jurisdiccional que abarcaba y articulaba unitariamente la zona antillana entonces ocupada (Santo Domingo, Cuba, Jamaica, Castilla del Oro o Panamá y territorios costeros venezolanos) contando con los diversos prelados allí constituidos como instrumentos de la propia y centralizada acción inquisitiva.

*Ampliación territorial y diversificación de la acción inquisitorial en Indias:
la Bula «Expone Nobis» de Adriano VI*

Poco después de formalizada así la nueva organización y concepción inquisitorial en Indias, tendría lugar otra ampliación, personal y territorial, del dispositivo inquisitorial indiano para la vigilancia de la conducta moral y la ortodoxia en Indias. La medida se debe al antiguo tutor de Carlos de Gante, el citado Adriano de Utrecht (en España, cardenal de Tortosa, corregente con Cisneros, su sucesor como inquisidor general en todos los reinos de la Monarquía Católica) elevado luego al solio pontificio con el nombre de Adriano VI. Su bula «Expone Nobis» de fecha 10 de mayo de 1522⁹ (llamada también *Omnimoda*) confiere facultades prelaticias (aunque excluía la administración del orden sagrado) a provinciales y priores monásticos —dominicos y franciscanos— y, por lo tanto, con teóricas y canónicas facultades en materia de Santo Oficio. Concesión papal cuyo objetivo sin duda respondía a la real y continua ampliación americana de los ámbitos y núcleos de nueva población cristiana. En cualquier caso, destacado hecho institucional por cuanto, junto a la acción inquisitorial episcopal de origen cisneriano, la proto-Inquisición americana pasaba a conocer una nueva y esporádica forma que ha podido llamarse «Inquisición monástica».

⁹ Reproduce el documento MEDINA, J. T., *ibid.*

Fijación de plantilla orgánica y de retribuciones salariales (1524)

El siguiente paso en el proceso configurador del Santo Oficio americano es de fecha 1524. Siendo inquisidor general en la metrópoli don Alonso Manrique, por decreto de 24 de diciembre de 1524, se dota ahora al aparato inquisitorial indiano de plantilla orgánica de ministros y oficiales, fijándoles el nivel respectivo de sus salarios. Así, junto al obispo-inquisidor principal, don Alonso Manso, aparece entonces como segundo inquisidor, don Hernando Marcos de Aguilar (ambos con 300 ducados de oro de retribución); el bachiller Álvaro de Castro, como fiscal (con 200 ducados); Lope de Verdejo, como notario (con 150 ducados) y (con igual salario) Juan de Villoria, designado receptor.

De esta manera, la proto-Inquisición indiana en el reinado del Emperador pasaba a recibir una configuración semejante a un tribunal peninsular. Ciertamente, configuración teórica en muchos casos a causa de las complejas realidades americanas y de las colosales dimensiones de aquel inédito hecho ultramarino, con lo que casi se convertían en ilusorias las consecuencias funcionales esperables de aquella organización del dispositivo inquisitorial indiano. Había dificultades de encontrar allí personas idóneas para cubrir la plantilla del tribunal, carencia de fuente regular para las previstas retribuciones salariales, enormes dificultades de comunicación entre los dispersos lugares de actividad inquisitiva, continua llegada de emigrantes y enorme movilidad de la población española, especiales facilidades del medio americano (tan distante de la vigilancia del Consejo General de la Inquisición en la metrópoli) para tentar a los ministros y oficiales del Santo Oficio con extralimitaciones y abusos del fuero inquisitorial, etc.

Pero es lo cierto también que, a trancas y barrancas, funcionará aquella originaria Inquisición episcopal cisneriana revestida de facultades especiales o «apostólicas», y que los prelados en América iban asumiendo, desde sus respectivas sedes, una regular *vigilancia de la conducta moral y de la fe católica en aquellas alejadas tierras de nueva población cristiana*. En semejante tarea y en aquellos lustros iniciales, descollarán, junto al mencionado don Alonso Manso, obispos-inquisidores tan destacados como fray Juan de Zumárraga y Alonso de Montúfar en México, Las Casas en Chiapa, Domingo de Santo Tomás en Los Charcas o Jerónimo de Loaysa en Lima, alguno de ellos incoando resonantes y conocidos procesos. Las resultantes funcionales y sociales de todo ello, afectaban a conjuntos humanos cada vez más numerosos, los cuales, llegado el caso, elevaban protestas de perjuicios o denunciaban abusos, lo que incidía directamente sobre la sensible acción política y en las estrategias repobladoras de la Corona en Indias.

Y con esto llegamos a un momento histórico clave: por de pronto, hay un traspaso de las funciones regias y, al tiempo en que se sigue formalizando la institución inquisitorial en Indias, acontece que se la regula para frenarla en sus actividades procesales y penales.

Organización en distritos inquisitoriales y mantenimiento del Santo Oficio indiano como Inquisición «no formada»

En efecto, en nuestro esquemático recorrido por el proceso constitutivo de la proto-Inquisición americana hemos llegado cronológicamente a 1543. Fecha que puede tomarse como verdadero hito histórico de cambio que, por de pronto, representa el adelantado final de la relación de Carlos V con el Santo Oficio indiano. Como es sabido, los problemas europeos y mediterráneos del Emperador con el Rey Cristianísimo, los de la escisión religiosa en el Imperio, la amenaza turca en la Europa oriental, etc., acapararon la persona del Emperador, manteniéndole físicamente alejado de sus reinos patrimoniales¹⁰, lo que le llevaría en 1543 a tener que delegar en su hijo, el príncipe Felipe, la administración de la Monarquía Católica como regente del Reino. Y si entonces la juventud del Príncipe¹¹ aconsejó a Carlos V asesorarle con un consejo de experimentados políticos (el cardenal Tavera, Loaysa, el duque de Alba y Juan de Zúñiga, sus preceptores)¹² y redactó para su hijo las llamadas «Instrucciones secretas» de Palamós en que le daba criterios de gobierno y razón de cada uno de sus indicados consejeros¹³, pronto la perspicacia natural y la excepcional madurez del Príncipe llevarían a Carlos V en 1551¹⁴, por el rescripto de Augsburgo de 23 de julio, a concederle todas las prerrogativas soberanas, «el más absoluto poder y real majestad», «sin conocer ninguno otro por encima en los negocios temporales»¹⁵. Decisiones que se dirían, pura y lisamente, el traspaso de la Corona un lustro antes de las abdicaciones oficiales de Bruselas en 1555-1556.

Quiere esto decir que desde aquellos años en que el Emperador hubo de moverse por el Elba y el Danubio, será el príncipe Felipe quien, en relación con el Santo Oficio americano, aparece firmando ahora las disposiciones regias relativas al funcionamiento y organización del dispositivo inquisitorial ultramarino. Es el caso de la Real Cédula expedida en Valladolid el 24 de julio de 1543¹⁶, documento y fecha simbólica de la nueva situación general y del cambio de protagonismos políticos, pero también texto significativo por las medidas contradictorias que se establecen en las tierras indianas entonces dominadas.

¹⁰ DE FORONDA, M., *Estancias del Emperador Carlos V desde el día de su nacimiento asta el de su muerte*, Madrid, 1914.

¹¹ MARCH, José M., *Niñez y juventud de Felipe II: documentos sobre su educación civil, literaria y religiosa y su iniciación al gobierno (1527-1547)*, Ministerio de Asuntos Exteriores, Madrid, 1941.

¹² CABRERA DE CÓRDOBA, lib. I, cap. II; DE SANDOVAL, Fr. P., lib. XXI, caps. X y XI.

¹³ SEPÚLVEDA, lib. XXI y XXXVII.

¹⁴ RODRÍGUEZ SALGADO, J. M., *The changing face of Empire: Charles V, Philip II and Habsburg Authority, 1551-1559*, Cambridge Univ. Press, Cambridge, 1988.

¹⁵ CABRERA DE CÓRDOBA, lib. XXXI.

¹⁶ AHN, *Inquisición*, lib. 256.

Por un lado, se procede a la *delimitación de dos amplias zonas como distritos inquisitoriales* y al nombramiento de los inquisidores que respectivamente habían de regirlos, Alonso López de Cerrato y Francisco Tello de Sandoval. A López de Cerrato se encargaba el espacio antillano (Cuba, Jamaica, La Española, Puerto Rico, Cubagua, y costas de Venezuela hasta Santa Marta); a Tello de Sandoval se le atribuía lo que entonces era México. Aunque de tales distritos se excluían las tierras peruanas —afectadas por las guerras civiles entre pizarristas y almagristas—, sin embargo, ambos prefiguran ya, en cierto sentido, las dos grandes zonas inquisitoriales que con posterioridad tendrán los enormes virreinos de México y Lima como respectivas circunscripciones jurisdiccionales y representaban cancelar la precedente centralización inquisitorial en Indias.

A la vez, y por otra parte, se establece la voluntad oficial de que aquella organización distrital ultramarina y su actividad inquisitorial mantuvieran *un estatuto institucional y funcional precario*. En efecto, la mencionada Real Cédula de 1543 nombrando a López de Cerrato, y la *Instrucción* de 10 de julio de aquel mismo año entregada a Tello de Sandoval¹⁷, de hecho dejan en vía muerta aquel nuevo dispositivo inquisitorial indiano. Se decreta: la expresa limitación de los poderes, y hasta la precaria condición, de los inquisidores designados: si en la Real Cédula de nombramiento de López de Cerrato se da como misión específica revisar las actuaciones de los precedentes ministros y oficiales actuantes en su distrito, especialmente la revisión de los bienes confiscados y las penitencias impuestas, luego más contundentes y explícitas son las limitaciones contenidas en la mencionada Instrucción dada a Tello de Sandoval. Además de encomendarle igualmente la revisión en su zona de actuaciones pasadas, incluyendo lo relativo a la confiscación de bienes, se le especifican unas sorprendentes condiciones de funcionamiento:

1.^a «... el poder de inquisidor se le da... no para que se ponga en aquella Nueva España Inquisición formada».

2.^a Declarando la gratuidad de su propio cargo se le dice que «no ha de llevar salario por razón del dicho oficio de inquisidor».

3.^a previniéndole que «no hay hacienda ni otra renta del Santo Oficio para poder pagar salarios».

4.^a Señalándole el procedimiento de actuación:

Item, que si vinieren algunas testificaciones o deposiciones de testigos... que las dichas informaciones las envíe a los inquisidores de Sevilla, sin proceder a captura ni secuestración de bienes, ni hacer proceso contra los testificados... (y) que si algún caso grave sucediera en que se meta algún peligro y daño por la tardanza, en tal caso haga prender al tal delincuente y lo envíe a la Inquisición de Sevilla preso y a buen recaudo, con su confesión y con la probanza que contra él hubiere¹⁸

¹⁷ AHN, *Inquisición*, lib. 574, fols. 134 y ss.

¹⁸ AHN, *Inquisición*, lib. 574, fol 135r.

¿Cuáles son las razones de semejante viraje y estrategia política que, en la práctica, conllevan la paralización de las auténticas actividades inquisitoriales y de sus resoluciones penales, hasta entonces ejercidas por vía de «Inquisición ordinaria», es decir, de obispos inquisidores (los «ordinarii loci», según la terminología latina, aunque algunos estuvieran revestidos también de facultades «apostólicas», provenientes de la Santa Sede)? Lo desconocemos en profundidad, porque el problema requeriría investigaciones específicas al respecto. Por lo que, mientras llegan, podemos al menos aventurar hipótesis explicativas: 1.^a Cabe presumir la conexión de todo lo indicado con las llamadas Leyes Nuevas, promulgadas en 1542 que tuvieron la conocida e inmediata secuela de auténticas sublevaciones de la población afectada. 2.^a No hay que descartar tampoco, al menos como coadyuvante, la crisis económico financiera implícita en las reiteradas confesiones de que se carece de toda hacienda inquisitorial. De forma que la proto-Inquisición americana, siempre con un vacilante proceso constitutivo y definida por una naturaleza precaria, ahora aparece y quiere mantenerse explícitamente como Inquisición «no formada». 3.^a Las complejas realidades del emergente mundo americano, donde la acción institucional española para recrear aquellas Españas ultramarinas según el modelo occidental, no podía dejar de percibir y atender, sin embargo, a las exigencias de la política de población en Indias por cristianos llegados de la Península y a los cuales no se les podía desincentivar con un riguroso Santo Oficio su voluntad de población y permanencia ultramarina.

En suma: parece como si entonces se hubiera querido mantener —formal y exteriormente— la presencia de un aparato de naturaleza represiva para que ejerciera cierta pedagogía del miedo, al tiempo que se le desactivaba, interior y secretamente, en términos procesales y penales. Y como prueba de este supuesto, cabe recordar que se tardará aún otro cuarto de siglo más hasta que, consolidada la vida administrativa y estabilizada la población de los dos grandes virreinos americanos, se establezcan tribunales inquisitoriales completos en Lima y México, siguiendo el modelo de los que desde hacía casi un siglo ya funcionaban a pleno rendimiento en la metrópoli.

Deducciones históricas del proceso proto-inquisitorial expuesto

Establecido así, y en términos generales, el proceso cronológico, los avatares de su formalización, las peculiaridades institucionales y funcionamiento de la actividad inquisitorial en Indias durante el reinado de Carlos V, ¿cuáles son las deducciones extraíbles de los hechos registrados en términos institucionales? Sin duda, son perceptibles al menos dos circunstancias caracterizadoras.

La proto-Inquisición americana, una Inquisición deliberadamente intermedia

A lo largo del reinado del Emperador, tanto en los años en que Carlos V aparece asumiendo personalmente la normativa reguladora de la actividad inquisitorial indiana, como cuando a partir de 1543 lo hace en su nombre el príncipe Felipe como regente del Reino, las estructuras administrativas establecidas para la vigilancia de la moral y la ortodoxia cristianas en Indias tienen un carácter deliberadamente intermedio. Como expuso el P. Álvaro Huerga, fue «una Inquisición intermedia entre la episcopal y la del Santo Oficio»¹⁹. La colosal y compleja realidad americana —en plena expansión territorial, en proceso de ocupación humana desde la metrópoli mediante emigrantes procedentes de la vieja cristiandad española, en curso de definición de instituciones moldeadoras de la nueva vida ultramarina, etc. no aconsejó, como se ha destacado, drásticas políticas institucionales que pudieran desincentivar la necesaria, voluntaria e imprescindible presencia en Indias de los repobladores españoles.

Es sin duda conclusión firme la de que no hubo voluntad resuelta de establecer en Indias un Santo Oficio completamente formado según el modelo que en la metrópoli estaba no sólo institucionalmente consolidado, sino ya con seis décadas de pleno funcionamiento.

Una institución en continuas adaptaciones al medio, y con nunca concluidos tanteos sucesivos

Con este epígrafe quiere expresarse otro esencial rasgo definidor y complementario de la deducción precedente acabada de formular. En efecto, los datos de naturaleza inquisitorial en Indias consignados a lo largo de la primera mitad del siglo XVI no son sino un tanteo sucesivo de formas de intencionadas y nunca acabadas adaptaciones a la peculiarísima realidad física, política y humana americana. Primero, utilización de los obispos ya constituidos allí, confiriéndoles facultades «apostólicas», añadidas a sus propias y canónicas prerrogativas prelaticias, para su actuación como Santo Oficio; después centralizando tales actividades en inquisidores de jurisdicción extradiocesana con una primera plantilla de ministros y oficiales del Santo Oficio, pero con escasa operatividad por falta de medios y por las dificultades difícilmente salvables del propio medio americano; luego estructurando dos distritos inquisitoriales, con sus respectivos inquisidores, pero poniendo limitaciones a sus facultades procesales y penales que les sustraía su propia sustantividad funcional e institucional al exigir la remisión de sus subalternas actuaciones procesales al tribunal de Sevilla.

¹⁹ HUERGA, A., «La pre-inquisición americana (1516-1568)», en PÉREZ VILLANUEVA, J., y ESCANDELL BONET, B., (dirs.), *Historia de la Inquisición en España y América*, tomo I, BAC-CEI, Madrid, 1984, p. 664.

Si tales son las primordiales deducciones generales y definidoras del proceso formal de la proto-Inquisición americana a lo largo del reinado del Emperador, cabría aún preguntar finalmente ¿son advertibles en tal proceso, a su vez, reflejos o ecos de los caracteres y sentidos generales de la propia política carolina? La pregunta propone de hecho el cierre del tema por redondeo del propio discurso historiográfico llevándolo, tras haber tratado la evolución formal del Santo Oficio americano en tiempos del Emperador, a escudriñar el significado político de fondo del propio proceso proto-inquisitorial americano. Pero semejante redondeo significa utilizar ahora la proto-Inquisición americana como operador analítico de sus sentidos implícitos, lo que en el fondo equivale, nada menos, a pasar de los puros hechos inquisitoriales indianos a sus significados en términos de la política del Emperador.

De los hechos inquisitoriales a sus significados políticos: la proto-Inquisición americana como operador analítico de los sentidos de la política del Emperador

Y acontece que utilizar la proto-Inquisición americana como operador analítico indirecto de los sentidos generales de la política indiana del Emperador es cuestión no menor ya que se trata de una operación de hermenéutica histórica²⁰. Y lo primero que requiere semejante operación técnica es el manejo instrumental de un marco teórico de referencia capaz de imputar a los datos particulares un sentido de conjunto y hacer aparecer el conjunto como un todo coherente.

El pertinente marco teórico de referencia

Pues bien, adentrándonos esquemáticamente por semejante sendero, y en el nivel actual de los conocimientos sobre Carlos V, no parece dudoso buscar tal sistema de referentes en las investigaciones del profesor Martínez Millán, hoy uno de los conocedores de mayor hondura sobre la historia del Emperador. Y lo que encontramos en nuestro autor, después de su análisis empírico de la sustancia histórica del reinado de Carlos V, es la secuencia de triple sentido estilístico que, frente a periodizaciones normalmente subjetivas, permite estructurar objetivamente el reinado en tres grandes etapas: la primera, de reorganización, hasta 1530; la segunda, hasta la paz de Crépy en 1544, en que se intenta el dominio continental desde la Península Itálica, y la tercera, desde 1544 hasta la abdicación de 1556, cuyo sentido bélico contrasta con los ideales huma-

²⁰ Vid., por ejemplo, BAUDIN, L., *Análisis de contenido*, Akal, Madrid, 1986; ESCANDELL BONET, B., *Teoría del discurso historiográfico*, Universidad, Oviedo, 1992, «El análisis de significados», pp. 157 y ss.

nísticos precedentes. ¿Se distinguen aquí las mismas etapas y sus correspondientes significados?

Un proceso proto-inquisitorial indiano de dos tramos cronológicos

Cabe ya adelantar que la estructura de la proto-Inquisición americana, en términos cronológicos, sólo presenta dos tramos internamente diferenciados a lo largo de la primera mitad del siglo XVI. Tramos diferenciados, por de pronto, «por razón de persona», como dirían los escolásticos, ya que cambian los protagonistas reales: en el tramo primero, 1517-1542, detrás de las disposiciones reguladoras del Santo Oficio aparece aún el Emperador; en el segundo tramo, de 1543 en adelante, firma ya las reales cédulas el príncipe Felipe. ¿Son también diferentes «por razón de materia», según igualmente dirían los escolásticos, a causa de los criterios desde los que hacían las grandes distinciones? Esta nueva pregunta en nuestro caso conduce, claro está, al examen estilístico de la materia manejada. Y en este punto cabe afirmar que se observan de hecho unas notables concomitancias con el modelo general carolino.

Un tramo de naturaleza organizativa y sentido humanístico, y otro que va camino de una abierta imposición de la confesionalidad

Contestando a la cuestión, puede decirse que el examen de los contenidos del Santo Oficio americano en la primera mitad del siglo XVI, en términos de sustancia y según se ha destacado ya al mostrar sus sucesivas formalizaciones, presenta el primero de sus tramos cronológicos caracterizado por los constantes tanteos y replanteamientos indicados, hecho que, además de explicarse por el desconocimiento de la realidad geohistórica indiana a la que se está intentando adaptarse, configura una correlativa *etapa de constantes intentos organizativos*. En consecuencia, de equiparable y similar naturaleza, pues al carácter histórico de la primera etapa carolina en la Monarquía Católica peninsular, en que el monarca pasa años organizando los entes administrativos con objeto de articular, unitaria y orgánicamente, sus reinos patrimoniales (creación de Consejos, transformación de la Casa Real de Castilla, anexión de Milán y reorganización en Italia, etc.), todo ello desde una coyuntura histórica y unas actitudes mentales que en la historiografía carolina han sido tipificadas como de sentido humanístico («Universitas Christiana», irenismo erasmiano, etc.). Pues bien, ¿hay en los textos carolinos relativos al Santo Oficio indiano trazos de similar carácter y naturaleza humanística? Con independencia de que en una específica cata archivística pudieran aportarse diversos apoyos documentales al respecto he aquí, al menos, como símbolo y para que se juzgue, un

significativo escrito del Emperador remitido al inquisidor don Alonso Manso, obispo de Puerto Rico:

El Rey:

Reverendo en Cristo, padre obispo de la isla de San Juan: Sebastián Rodríguez, en nombre de la nueva ciudad de Cádiz e Isla de las Perlas, me hizo relación que en la dicha isla teneis... vecinos que tienen oficios de alguacil y fiscal y que son familiares de la Santa Inquisición; y que el dicho vicario por pasiones que con algunos tiene luego con voz de inquisición los hace prender y procede contra ellos, a fin de los deshonar y difamar, siendo personas honradas y cristianos viejos, en quien no cabe ningún pecado de los tocantes al Santo Oficio. A cuya causa los dichos vecinos padecen mucho detrimento en sus honras y se da causa que dicha ciudad se despueble y la jurisdicción real venga en disminución... como ahora buenamente de hecho y contra derecho diz que ha prendido a un Francisco de Portillo, regidor y alcalde mayor de la dicha Isla de las Perlas, y quitándole la vara, le aprisionaron y secuestraron sus bienes todos... por enojo y enemistad que el dicho vicario tenía con él... Y porque si lo susodicho ha pasado así, es en perjuicio de nuestra jurisdicción y agravio de nuestros súbditos..., como sabeis, semejante poder y oficio de Inquisición no se debe ni suele encargar sino a personas de letras y conciencia y en ciudades y pueblos muy principales donde hay copia de letrados para entender en semejantes causas. Yo os ruego y encargo que luego os informéis de lo susodicho y si hallareis que el dicho vicario ha excedido, le castigueis conforme a su culpa y le revoqueis cualquier poder que para ejercer el dicho Santo Oficio tenga... ²¹

Inequívoca preocupación carolina, pues, por la justicia, por la defensa de la honra de sus súbditos, con temor personal de que los abusos inquisitoriales desincentivaran la emigración y pudieran ser «causa de que la dicha ciudad se despueble», etc. Rasgos empíricamente visibles en el texto del Emperador, expresivos de espíritu humanitario y de innegable sentido humanístico general.

El segundo tramo de la estructura cronológica de nuestra proto-Inquisición americana se abre, como se ha dicho, desde 1545 y tiene ya al príncipe Felipe, regente del Reino, como protagonista en la firma de las reales cédulas relativas al Santo Oficio indiano. Es el momento en que, ausente el Emperador de sus Reinos patrimoniales, y afrontando la escisión religiosa y la irreductible posición dogmática protestante en el Imperio, Carlos V conduce personalmente ahora una abierta lucha armada, en cuyo fundamento espiritual puede apreciarse ya una clara toma de posición ideológica, explicativa a la vez de otros hechos de sentido antagónico a los ideales iniciales (prohibición y persecución ahora de las obras de Erasmo, voluntad carolina de un concilio universal, etc.), claras muestras, en suma, de la quiebra del anterior humanismo político y marcha histórica hacia la confesionalización de la política, típica de la etapa última del reinado y de la época siguiente.

²¹ AGI, *Sto. Domingo*, 1121, lib. 3, fols. 46r-v. Cita en HUERGA, A., *op. cit.*, tomo I, pp. 684-685.

Pues bien, también en Indias se percibe el viraje, y con tanta claridad y persistencia en esta línea que resulta de la mayor lógica que el Príncipe Regente, que preside ese segundo tramo proto-inquisitorial americano, sea luego el rey Felipe II que, tras la llamada Junta Magna de 1568, implante en Lima y en México los tribunales de una Inquisición plenamente formada y con jurisdicción que abarcaba la inmensa extensión de los respectivos virreinos.